

LA SALUD SOCIAL

Andaba el otro día pensando si la “indiferencia social” es hoy por hoy una patología colectiva. Un verdadero problema de salud social. Me respondía a mí mismo que sí. Y me volvía a interrogar si además se encontraba ya en un estado avanzado de proceso degenerativo.

Casualmente, mientras lanzaba este interrogante a través de las redes sociales me encontré con un buen amigo, periodista en un diario de gran tirada, y en el largo trayecto hasta el mismo destino que compartíamos nos dio tiempo a comentarla. Después de darme su punto de vista durante una hora larga sobre las bondades y beneficios que el quehacer diario de los medios de comunicación e información produce sobre la sociedad, me dejó la réplica.

Y le tomé la palabra. Yo ya le había comentado en alguna ocasión que muchos de los problemas sociales actuales de gran calado y de lo más dispar (como la violencia en general, la de género en particular, el maltrato a menores, el fracaso escolar, las disfunciones alimentarias, la delincuencia o la corrupción, por citar algunos) se ven po-

tenciados hoy día por haberse instaurado en la sociedad una especie de germen latente de hipocresía social que convierte de forma intermitente en fútiles e insustanciales, e incluso en ocasiones en irrelevantes, cuestiones tan graves y serias como las mencionadas.

Estas cuestiones solo se dimensionan y resaltan a impulsos o a golpes de efecto, pero sin continuidad alguna. Como si se trataran de meros *spots* publicitarios, apareciendo o desapareciendo de la actualidad del día a día, y ganando o perdiendo interés al albur de que situaciones llamativas y puntuales, de trascendencia, se relacionen con ellas y aparezcan o no en la prensa o en los medios de comunicación en general.

De este modo, estas cuestiones tan merecedoras de toda nuestra atención, por esa misma circunstancia y por efecto del acomodo, se convierten en algo que simplemente forma parte de la vida misma... algo que está ahí y con lo que hay que convivir de la mejor forma posible, y a lo que tenemos que hacer caso y enfrentarnos con vigor durante los momentos álgidos provocados por los efectos infor-

mativos de los medios y, sin embargo, podemos “legítimamente” olvidar durante los períodos pactados de menor ensalzamiento popular.

Vamos, que solo interesan o dejan de interesar (o provocan una reacción inmediata) durante el tiempo “caliente” en que la noticia está en el candelero y mientras así se mantenga por los medios de comunicación. Pasado el efecto “*shock mediático*”, el hecho noticiado deja ya de ser de interés social e, incluso, deja de existir como merecedor de atención para el colectivo.

Es como el efecto inmediato de un medicamento que -tras la sorpresa alentadora inicial- no resulta ser sino un placebo; o como las buenas intenciones en épocas navideñas; o el seguimiento del hambre en el mundo; o el interés por las constantes guerras en uno y otro lugar; o por Haití y su terremoto; o por el efecto invernadero; o...

En realidad es un problema de salud. De salud social, diría yo. Vendría a ser como la secuencia de una larga enfermedad con todos sus síntomas. En principio, una primera reacción que nos enerva y nos pone en pie de guerra ante la noticia concreta que nos indigna. Después se genera un halo de elevado conformismo, el cual provoca a su vez otro no menos importante de hipocresía común que conlleva a la relativización de los problemas ajenos, y que, por

Muchos de los principales trastornos actuales del comportamiento de jóvenes y de adultos son consecuencia, por ejemplo, del déficit de interés por la educación que se les deja entrever, instaurándoles la idea de una vida fácil y asequible sin necesidad de grandes conocimientos, haciéndoles creer que es mejor ser listillo que listo o inteligente, o que es más útil ser hipócrita que educado, o manipulador que respetuoso.

el paso del tiempo se convierte en un foco de incompreensión, y, de ahí, a los últimos síntomas que son la insolidaridad indolora y la invisibilidad social de los problemas que tanto nos afectaron, aparentemente, en un principio.

Y es que, en la actualidad, los medios de comunicación no parecen medir el poder que ostentan sobre las sociedades y sus cambios. De hecho, sin duda son algo más que el famoso “*cuarto poder*”.

Es difícil, o imposible hoy día, entender una sociedad sin una absoluta sincronía con sus medios de información y comunicación. Es más: hoy se habla de sociedad de la información y el futuro -presente más bien- está en las TIC. Separarlas sería un caos. Pero en muchas ocasiones se está dejando en manos de lo que se comunica a través de los medios cuestiones que realmente deberían corresponder a funciones parentales o familiares, o del propio individuo. La sociedad se auto-medica a través los mensajes que se auto-envía por los propios servicios de comunicación de los que ella misma se dota.

Y además, en muchas ocasiones, esos medios son contradictorios en sus posiciones, pues a la par que ofrecen amplias dosis de apoyo y ayuda para paliar los graves pro-

blemas actuales (como programaciones benéficas; el fomento de la información en apoyo de los más necesitados; el acercamiento de los individuos a los cauces políticos y administrativos de ayuda; otorgar voz a los que carecen de recursos para hacerlo por sí mismos; etc.), también fomentan precisamente aquello que dicen rechazar, como los llamados *programas basura*.

Destacan también en la lista el uso de la mujer como elemento de reclamo; la promoción de personajes que, adjetivados como “famosos”, han sido objeto de condenas en resoluciones judiciales y ahora se potencia su labor como entendidos en cualquier tema; o se impulsa (a veces, incluso económicamente) a otros cuyo único mérito ha sido llegar a ello sin hacer nada; o peor, precisamente por ese mismo motivo...

-¡Pero eso también lo hacen muchos políticos!-, exclamó, exaltado, mi amigo.

Pues sí, y no por ello se trata de algo de mejor consideración. Es cierto que también en el campo de la política (y según convenga o no) se vinculan a las diferentes filas a personas o movimientos que, otrora, tendrían distinta consideración, y del mismo modo hacen de determinados problemas o bien su estandarte o bien su arma arrojadiza (por ejemplo, las diferentes polémicas sobre la popularmente llamada Ley del Menor) según se muevan las aguas de las necesidades políticas. Vamos, según la coyuntura, como se suele decir.

Y esto, realmente, ¿a qué obedece? ¿Son los medios de comunicación los que fomentan aquello que la sociedad les demanda? ¿O, por el contrario, se ofrece a

los ciudadanos lo que realmente los medios quieren divulgar? Ya saben, el huevo o la gallina. ¿Existe un consenso general, no escrito, por el que unos y otros se ofrecen mutuamente lo que desean? ¿Se pactan virtualmente los *tempos* de fiebre y de hipotermia?

Sin duda es un problema de salud social, como dije, al menos desde el punto de vista de la sintomatología que ofrece: es un síntoma el que, dependiendo de su mayor o menor relevancia social, se le ofrezca más o menos grado de amnistía social a un posible pederasta o maltratador. Es síntoma de que algo va mal que se llore ante una nueva mujer fallecida por violencia de género, y que, al mismo tiempo, la publicidad socialmente arraigada tenga a la mujer sumisa como el acorde promocional más rítmico. Lo es el que nos llevemos las manos a la cabeza cuando el informe PISA pone de relieve nuestras miserias educativas, y a un tiempo algunos programas de televisión fomenten personalidades que viven de vender su vida, o inciten a creer que el no estudiar puede tener mejores salidas que hacerlo.

También lo es que se potencie la imagen de la generación *ni-ni* en vez de impulsar las oportunidades que la educación ofrece. Lo es que se conciencie de la nocividad del



José Díaz Cappa
Fiscal de la Fiscalía Superior de la Comunidad Autónoma de les Illes Balears
Vicecoordinador de la Sección de Menores
Delegado de Delitos Informáticos de la Fiscalía Superior de la C.A. de les Illes Balears
Profesor Asociado de Derecho Penal de la Universitat de les Illes Balears



tabaco y éste aparezca usado por menores en muchos medios visuales; o que hagamos baluarte de los problemas de la alimentación inadecuada y sin embargo que las dietas se fomenten como caramelos; o que aireemos que la belleza está en el interior y lo único que se venda como triunfo seguro es el cuerpo esbelto y perfecto.

Síntoma es también de que algo va mal en nuestra sociedad que se abogue porque el diálogo y el respeto son la base del acuerdo y la convivencia, y sin embargo que los índices de audiencia resalten que los programas más vistos sean los que consisten en ponerse las peras al cuarto entre los contertulios sacando a la luz sus miserias más íntimas.

Destaca también, por ejemplo, que se fomente la cultura del *fairplay* deportivo, y que, al mismo tiempo, ante grandes eventos la preparación mediática consista en recordar las acciones o insinuaciones que, con seguridad, “calentarán” el ambiente, provocando acciones violentas que luego serán, a su vez, portadas y primeras páginas en los diarios; o que cuando alguien opina algo sobre alguna cosa, criticar consista en despreciar y vilipendiar al au-

tor de la opinión, en vez de argumentar sagaz y elocuentemente con argumentos diferentes lo que se dijo; o que para encontrar algo en los medios de comunicación que tenga algo que ver con la promoción de las posibilidades del saber o conocer o de los últimos logros científicos o culturales, haya que buscarlo con lupa (y, además, que quede socialmente mal afirmar que lo ves o escuchas, no vaya a ser que te tachen de pedante y fuera de onda...). En fin, lo serían tantas cosas...

Y le dije a mi amigo que, evidentemente, tales consideraciones las hago tras comprobar, día a día, como todo esto tiene su alto porcentaje de influencia en la realidad.

Muchos de los principales trastornos actuales del comportamiento de jóvenes y de adultos son consecuencia, por ejemplo, del déficit de interés por la educación que se les deja entrever, instaurándoles la idea de una vida fácil y asequible sin necesidad de grandes conocimientos, haciéndoles creer que es mejor ser listillo que listo o inteligente, o que es más útil ser hipócrita que educado, o manipulador que respetuoso. O que en el manejo de un conflicto pueda tener cabida la violencia, si esa es la solu-

ción más rápida. O que para qué sirve estudiar o trabajar si lo que se promociona socialmente les hace ver que con un poco de cara y unos cuantos conocimientos de la intimidad ajena pueden hacer negocio, e incluso conseguir dosis de popularidad imposibles simplemente haciendo uso de las matemáticas o el inglés.

El fomento de la alta competitividad mal enfocada, publicitándose que sólo el mejor pervive y gana, ha provocado un incremento alarmante de los niveles de baja tolerancia a la frustración que es unos de los principales focos de violencia.

Asimismo, nadie duda hoy que el fracaso escolar o la desidia por el trabajo es una de las características más encontradas en las personas que cometen hechos delictivos, y no digamos de los procesos depresivos. O que la empatía pública y la promoción más allá de la información, a través de determinados programas, de personajes “famosos” que lo son precisamente por haber estado relacionados con problemas con la justicia no ayuda en nada a evitar situaciones análogas futuras. O la posible imagen estereotipada que se lanza a la sociedad sobre determinadas

enfermedades mentales o físicas o problemas de salud, cuando se usan sin rigor términos o formas relacionados con los mismos, pudiendo provocar reacciones discriminatorias.

En fin... y mucho más para lo que nos faltaría cualquier espacio. Tal vez en otro momento podamos hablar de ello con mayor detenimiento.

Concluyendo: lo que trato de comunicar -le dije a mi amigo- y fomentar con ello opiniones es que la sociedad, a través de los medios de comunicación y de los diferentes canales de información de los que se nutre, se lanza a sí misma en ocasiones mensajes contradictorios sobre lo que individualmente opinan y creen sus miembros; y, lo que es peor, ello a veces hace que los problemas graves se lleguen a relativizar tanto que, ante su reiteración, nos convierten en conformistas o en indiferentes ante ellos.

La salud social está maltrecha. Quizás cree usted que todo esto no le afecta. Puede ser. Pero, por si acaso... ¡diga treinta y tres!